

dogmas esenciales del mecanicismo físico y biológico las apariencias, al menos, de una teoría científica.

\*  
\* \*  
\*

La física cartesiana ha suprimido las causas finales del dominio de la naturaleza inorgánica, y reducido el estudio de ésta á un capítulo de la mecánica; y los trabajos de Darwin han tenido por carácter general la supresión de la finalidad en el dominio de la vida, facilitando así la extensión, á los seres vivientes de ambos reinos, de la concepción *positiva* de la naturaleza. ¿No sería posible después de esto, universalizar la concepción, reduciendo los hechos históricos y sociales á fenómenos naturales, para englobarlos en las leyes generales de la física?

Esta «concepción positiva» universal de la naturaleza, tiene por autor á Augusto Comte. Fascinado por las ideas generales del progresivo desenvolvimiento de la humanidad, el antiguo secretario de Saint-Simón se representa la historia del espíritu humano en desarrollo continuo y pasando de un estado *teológico* á otro *metafísico*, y de éste á un tercero exclusivamente científico ó *positivo*. En el origen, dice, la humanidad busca en las causas sobrenaturales la explicación de los fenómenos; de un salto se eleva la inteligencia del hecho mal percibido á la causa sobrenatural, que le produce y dirige. El ideal del sistema *teológico* consiste, en explicar las cosas por la acción de un sér único, á quien

se llama Providencia. Y cuando por una modificación, que después de todo es accidental, se convierte el Dios-Providencia en una multiplicidad de fuerzas abstractas, capaces de engendrar los fenómenos, se entra en la fase *metafísica*. La metafísica como la teología, no explican nada; una y otra se empeñan en conocer las causas, que están fuera de nuestro alcance; una y otra reemplazan las observaciones positivas, á las cuales debemos limitarnos por constitución natural de nuestra inteligencia, por aventuras peligrosas en el dominio de la ficción y de la abstracción.

«Por último, en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia á buscar el origen y destino del universo, y á conocer las causas íntimas de los fenómenos, para aplicarse únicamente á descubrir, por el uso combinado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de semejanza. La explicación de los hechos, reducida así á sus términos reales, no es otra cosa que el enlace entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número tiende la ciencia á disminuir cada vez más» (1). Augusto Comte sostenía que esta ley de la evolución histórica, se verificaba también en la vida individual de cada uno. Todos nosotros hemos sido, dice él, «*teólogos* en la in-

(1) *Cours de Philosophie positive*, lección primera, pp. 4-5

fancia, *metafísicos* en la juventud, y *físicos* en la virilidad» (1). La humanidad ha entrado hoy de lleno en su última fase, la positiva, que es su término definitivo, fuera de la cual no puede ya esperarse otra superior.

Las teorías de Laplace y de Newton nos presentan la sucesión uniforme de los fenómenos astronómicos y físicos; «la ley newtoniana de la gravitación, en efecto, nos demuestra, de una parte, cómo toda la inmensa variedad de hechos astronómicos son en realidad nada más que uno, considerado desde puntos de vista distintos; la tendencia constante á la unión de unas moléculas con otras, en razón directa de sus masas, y en razón inversa del cuadrado de sus distancias; mientras que de otra, aparece este hecho general como la universalización de un fenómeno vulgar, y por lo mismo perfectamente conocido: la gravedad de los cuerpos, por la que éstos son atraídos hacia el centro de la tierra» (2). Por lo demás, no está lejano el día en que llegue á descubrirse el enlace íntimo de la química y de la fisiología con las otras ramas del saber; y entonces sólo faltará una cosa para la aplicación universal de la concepción positiva. Una vez fundadas la física celeste y terrestre, mecánicas ó químicas; y la física orgánica, vegetal ó animal, falta todavía la *física social*. «Esta es la única laguna que queda por llenar,

(1) *Ibid.*, p. 7.

(2) *Ibid.*, pp. 14-15.

para la construcción perfecta y definitiva de la filosofía positiva» (1). A. Comte se lisonjea con la esperanza de poder llenar esta laguna, á fin de universalizar de este modo la concepción positiva del saber. «Tal es, dice, el primero y especial objeto que me propongo en este curso.»

Pero ha de tenerse en cuenta que, para A. Comte, la filosofía positiva no había de tener por objeto la formación de una síntesis universal, á la manera como lo entendió más tarde H. Spencer, el cual «considera todos los fenómenos como efectos de un principio único, como sometidos á una sola y misma ley... Yo creo, decía aquél, que los medios de que la inteligencia humana dispone son muy débiles, y el universo demasiado complicado, para que pueda alcanzar jamás semejante perfección en el conocimiento científico... De todos modos, es evidente, atendido el estado de nuestros conocimientos, que estamos aún muy lejos de poder intentar siquiera, por ahora, tales síntesis» (2).

Los propósitos del fundador del positivismo se limitan á los fenómenos de observación; y bajo este concepto, el término *filosofía* positiva, elegido para designar el objeto supremo de su obra, no ha sido feliz. Esta palabra, en efecto, despierta naturalmente y significa la idea de un conocimiento muy distinto del de la ciencia

(1) *Cours de Philosophie positive*, p. 22.

(2) *Ibid.*, p. 53.

positiva. Así es que, para A. Comte, la filosofía no es más que la física, considerada en los límites extremos de su generalización. «Si algún día, escribe, pudiera esperarse esta explicación universal—la que poco antes había juzgado completamente quimérica,—ésta consistiría en referir todos los fenómenos naturales á una ley positiva, la más general que conocemos, la ley de la gravitación, que ya relaciona todos los fenómenos astronómicos á una parte de los de la física terrestre» (1).

La condición primera, que se necesita para la formación de la filosofía positiva, es la división del trabajo. Pero esta división, por necesaria que ella sea, suele traer graves inconvenientes, que deben evitarse en lo posible. Hay, en efecto, gran peligro para el entendimiento en que, á fuerza de especializar, termine por perderse entre la confusión de trabajos de detalle; por lo que se impone un nuevo orden de estudios, para prevenir y evitar la dispersión de los conceptos humanos. Desde luego, no debemos soñar con volver á la concepción antigua del saber, según la cual, cada inteligencia podría pretender abarcar el conjunto de todos los conocimientos; esto sería hacer retrogradar al espíritu humano. «El medio racional de impedir los efectos de una especialización extremosa, sería perfeccionar la misma división del trabajo; y bastaría, en efecto, con hacer del estudio de las

(1) *Cours de Philosophie positive*, p. 54.

generalizaciones científicas una especialidad más» (1).

He aquí, pues, señalado el nuevo terreno, dentro de cuyos límites ha de desenvolverse la filosofía. Lo único accesible á la humana inteli-

(1) «Que una clase nueva de sabios, preparados por una educación conveniente y sin dedicarse al cultivo especial de ninguna rama particular de las ciencias, pero teniendo á la vista su estado actual, se ocupe únicamente en descubrir sus relaciones y su encadenamiento, en resumir, cuanto sea posible, todos sus principios particulares en el menor número de principios comunes, ajustándose siempre á las máximas fundamentales del método positivo. Que á la vez los especialistas, antes de consagrarse á sus especialidades respectivas, adquieran en adelante la aptitud necesaria por medio de una educación sobre el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovecharse de los estudios de los que se dediquen á las generalidades científicas, y para rectificar mutuamente sus propios resultados, lo cual parece ser una tendencia que va acentuándose más de día en día. Una vez realizadas estas dos condiciones principales, y es evidente que puede realizarse, podría practicarse la división del trabajo, sin dificultad ninguna, á medida que lo exigiera el desenvolvimiento de los distintos órdenes de conocimientos. Un orden especial de los mismos constantemente confrontado con los demás, y que tuviera por función propia y permanente enlazar á un sistema general cada descubrimiento particular nuevo, no tendría nada que temer de la exagerada atención prestada á los detalles minuciosos, porque esta atención nunca estorbaría la comprensión del conjunto. En una palabra, la organización moderna del mundo sabio estaría entonces bien constituida, y conservando el mismo carácter podría desenvolverse indefinidamente.

«El formar así del estudio de las generalidades científicas una sección aparte del trabajo intelectual, es sencillamente aplicar el mismo principio de división que ha servido de norma para separar las distintas especialidades; porque mientras las diferentes ciencias positivas no se desarrollaron suficientemente, las relaciones mutuas no exigían todavía, al menos de un modo permanente, una clase especial de trabajos, los cuales por otra parte no eran tan necesarios como hoy. Pero dado el estado presente de los conocimientos, y la extensión adquirida por cada una de las ciencias, es indispensable para el estudio de sus mutuas relaciones organizar trabajos de conjunto, que á la vez serán un medio de prevenir y evitar la dispersión de las concepciones humanas.»—A. COMTE, *obra cit.*, pp. 30-31.

gencia son los fenómenos naturales, ó sean los que dependen y son manifestaciones de la materia ó de la fuerza; fuera de éstos, no conocemos otra clase de fenómenos (1). La ciencia positiva es exclusivamente, según esto, el estudio de los fenómenos materiales y de las leyes por que éstos se rigen (2); y la filosofía positiva no puede ser otra cosa que el estudio de las más elevadas generalizaciones científicas.

En cuanto á las causas, finales ó eficientes, y á la naturaleza de las cosas y sus propiedades, no hay que hablar de ellas; A. Comte las ha deserrado en absoluto de la filosofía y de la ciencia.

«Todas las ciencias, cuando han llegado al estado positivo, escribe Littré, renuncian á buscar la esencia de las cosas y sus propiedades, las causas primeras y las causas finales, es de-

(1) «¿Cómo definiremos el saber humano? Diremos que es, el estudio de las fuerzas pertenecientes á la materia, y de las condiciones ó leyes que rigen estas fuerzas. No conocemos más que la materia y sus fuerzas ó propiedades; y no conocemos materia sin propiedades ó fuerzas, ni fuerzas ó propiedades sin materia. Cuando descubrimos un hecho general en alguna de estas fuerzas ó propiedades, decimos que estamos en posesión de una ley, y esta ley llega á ser entonces para nosotros una potencia mental y otra potencia material: una potencia mental, porque se transforma en el espíritu en instrumento de lógica; y un poder material, porque se transforma en nuestras manos en medio de dirigir las fuerzas naturales. En la historia, la materia, el *subtractum*, es el género humano, dividido en sociedades; la fuerza está representada por las aptitudes inherentes á las sociedades, cuya condición fundamental es la acumulación de los conceptos científicos. Hasta que esto último no se conozca bien, la historia no aparece como fenómeno natural: se conocerá el *subtractum*, que es el género humano; pero no se conoce la fuerza, que es la causa de la evolución.» LITTRÉ, *Aug. Comte et la Philosophie positive*, p. 42. Paris. Hachette, 1864.

(2) AUG. COMTE. *Obra cit.*, p. 43.

cir, lo que en metafísica se denomina lo *absoluto*; y la filosofía positiva, que es hija de aquéllas, renuncia también á tales pretensiones. Los filósofos de otros tiempos hubieran considerado como un contrasentido la filosofía que no se ocupase de lo absoluto; hoy debe considerarse, y se ha comenzado ya á mirar como quimérica toda filosofía, que sale de la esfera de lo relativo. Esta inmensa revolución intelectual ha sido la obra de A. Comte.»

Por otra parte, el medio único de conocer las cosas es la observación exterior; porque al decir de A. Comte, «la observación directa de la conciencia por sí misma es una pura ilusión» (1). La razón *a priori*, con que él justifica su aserción, se funda en que el sujeto consciente no puede ser más que un órgano material, y éste no podría conocerse á sí mismo. «El individuo pensante no puede dividirse en dos, de tal modo que mientras piensa el uno, pueda el otro contemplar el pensamiento» (2).

Por lo anteriormente escrito, puede verse claramente cómo la filosofía de Augusto Comte encierra distintamente y en toda su amplitud la concepción positivista, que por todas partes se nos presenta ligada y hasta confundida con el idealismo de los sistemas filosóficos de nuestros días.

¿Qué sistemas son éstos, y cómo en ellos

(1) AUG. COMTE, *Obra cit.* p. 35.

(2) *Ibid.*, p. 26.

aparecen fundidos el idealismo, el mecanicismo y el positivismo? Para responder á estas cuestiones, debemos consultar á los maestros de la psicología contemporánea, y el estado presente de los estudios filosóficos.

### CAPÍTULO III

#### La psicología contemporánea.

---

#### ARTÍCULO PRIMERO

#### IMPOTENCIA DEL IDEALISMO POSITIVISTA, PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA PSICOLOGÍA.

En vano se esfuerza el idealismo positivista por sostener que el estudio de lo *absoluto* es una quimera; la conciencia humana afirma invenciblemente la realidad de un *noumeno* más allá del *fenómeno*, de un móvil anterior al movimiento, de un yo pensante, base del acto fugitivo del pensamiento.

Los fenómenos «físico» y «mental», por otra parte, aparecen á la vista de la inteligencia opuestos el uno al otro é irreductibles; y serán inútiles cuantas tentativas se hagan para identificarlos; de nada sirve afirmar, *porque sí*, que el hecho nervioso y el acto consciente son los dos aspectos, externo é interno, de un mismo fenómeno, que puede expresarse en términos mecánicos; la conciencia se sublevará siempre contra